



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DEL INTERIOR

DISCURSO “ENERGÍA EN TIEMPOS DE CRISIS”

EDMUNDO PÉREZ YOMA
MINISTRO DEL INTERIOR

9 de julio de 2008

No diré ninguna novedad cuando afirmo que no existe una situación más global que la lucha contra el cambio climático, que es sinónimo de la manera cómo se produce la energía.

Es paradójal, pero el fenómeno de la globalización que supone esfuerzos mundiales para resolver problemas, sin embargo encuentra su expresión máxima, justamente en el más grave problema que haya experimentado la humanidad en siglos: el cambio climático, que afecta por igual a todos los habitantes de la tierra en cualquier lugar donde se encuentren. Aún más, provoca perjuicios en los espacios deshabitados, reserva del hombre para el futuro.

Variar los modos de producción y de consumo de energía son una obligación de todos los países por igual. Algunos están más avanzados y otros, como Chile, debemos incorporarnos también a la consecución de este objetivo, que puede llegar a estar vinculado a la supervivencia de la especie.

Pero, ¿cómo nos encuentra hoy este desafío?

Somos el país energéticamente más pobre de América del Sur. No es mi ánimo predicar pesimismo respecto de la fuerza y las potencialidades de nuestro país. No habría razón para hacerlo, ya que somos una nación que ha sido enormemente beneficiada en materia de recursos naturales: la fertilidad de nuestros valles, la inmensidad de nuestras reservas minerales, la abundancia de nuestros bosques y la riqueza de nuestro mar. Sin embargo debemos reconocer que en materia de energía somos una de las naciones pobres de la Tierra.

Si miramos a los países de América del Sur, todos ellos, sin excepción, son energéticamente más ricos que nosotros. De más está decir que Venezuela es una de las grandes potencias mundiales en el campo del petróleo. Pero también Colombia es un exportador neto de petróleo, gas natural y carbón. Ecuador, referido al tamaño de su economía, también es gran exportador. Perú, con un pequeño déficit en este hidrocarburo, lo compensa largamente con las grandes reservas de gas de Camisea, muy prontas a empezar a fluir hacia los mercados mundiales. Bolivia es la segunda mayor reserva de gas natural de América del Sur, sólo superada por Venezuela. Argentina hasta el año pasado era un exportador neto de gas natural y petróleo y sus malas políticas energéticas lo han conducido a dejar de serlo. Brasil el año que pasó logró la autosuficiencia en petróleo y gas, y este año se apresta a entrar al exclusivo grupo de los exportadores de petróleo, todo ello sin considerar que después de China y Canadá es el tercer mayor productor de hidroelectricidad del mundo. Paraguay y Uruguay carecen de petróleo y gas pero las grandes represas les aportan el 100 y el 98 por ciento de la electricidad que consumen, además, en estos días Uruguay ha dado a conocer el descubrimiento de campos gasíferos en sus costas, que muy luego le permitirán vender excedentes de ese hidrocarburo a Argentina.

Frente a esa realidad de abundancia, nuestra situación aparece muy desmejorada. Producimos apenas el 2 por ciento del petróleo que consumimos; el 8% del carbón que utiliza nuestra industria y plantas termoeléctricas; el 26% del gas natural que consumimos, pero por su ubicación en Magallanes, prácticamente su totalidad se utiliza en las plantas de Metanol. Repito, de la energía que consumimos, el 98% del petróleo viene de fuera; el 92% del carbón es importado y el 76% del gas natural. Nuestra única fortaleza es la

hidroelectricidad, pero aún en ese campo nos superan Brasil, Venezuela, Colombia, Argentina y Paraguay, esto es nos superan cinco de los diez países de la región.

Esta preocupante realidad nos pone en una situación desventajosa en cuanto competitividad económica y afecta también, y hay que decirlo, nuestra seguridad nacional.

Esta situación no permite aproximaciones unilaterales o simplistas.

He querido plantear primero esta realidad, para señalar la necesidad de un debate a fondo para definir una política con gran visión de largo plazo. En cualquier lugar de América del Sur, el debate sobre la energía podría estar marcado por visiones unilaterales o incluso simplismos y no por ello esos países sufrirían gran daño, pues son tan ricos en este campo que pueden darse ese lujo. Pero Chile no puede hacerlo: Nuestro país necesita discutir esta política con los mejores antecedentes, pero sobre todo, con la decisión de adoptar políticas y medidas que no obstante su dureza, nos permitan superar este escollo que nos ha puesto la naturaleza.

No es cierto que un país energéticamente pobre no pueda tener un desarrollo económico. Japón puede ser un buen ejemplo pues se trata de un país que no tiene petróleo, gas ni carbón y sin embargo es una de las grandes potencias mundiales. Francia, España y Suecia son otros ejemplos destacables: no obstante de no disponer de grandes recursos, han podido tener un gran desarrollo. Y si ellos lo han hecho, nosotros tenemos la obligación de hacerlo.

Esos países, precisamente por ser pobres energéticamente, están obligados a mirar a todas las fuentes de energía. Exactamente porque son débiles en este campo no pueden renunciar a ninguna de ellas. Quiero decirlo claramente, todas, quiere decir petróleo, carbón, gas natural por ductos y gas natural licuado, hidroelectricidad, nuclear y energías renovables no convencionales.

Hay quienes plantean opciones dicotómicas que hacen excluyentes una fuente de energía en relación a otra. Por ejemplo, o desarrollamos las energías no convencionales o desarrollamos la nuclear, pero ambos crecimientos no son posibles, según ellos.

Ese es un planteamiento falso, a mi juicio. Bastaría decir que los países que hoy más están avanzando en el desarrollo de las energías solar y eólica figuran entre las más grandes potencias en la generación de electricidad a partir de la energía nuclear. Así, Alemania que tiene la mayor capacidad instalada de energía eólica es la cuarta potencia mundial en la producción de energía eléctrica en centrales atómicas.

He dicho, con franqueza, que Chile necesita diversificar su matriz energética sin excluir ninguna. Ello me lleva a un segundo orden de problemas referido a que esas diversas fuentes de energía se ordenan de distinta forma frente a las prioridades medioambientales, de crecimiento económico o de seguridad energética. No es que haya unas energías que sean buenas y otras no. Lo que hay es que algunas son muy favorables para unos objetivos y neutras o francamente inconvenientes para otros.

Sobre esta materia es necesario un debate donde evaluemos cada uno de estos recursos energéticos viendo sus debilidades y fortalezas en distintos campos.

Ciertamente, una de esas perspectivas es la protección del medio ambiente y, en particular la forma en que ellas contribuyen o no al calentamiento global. En este sentido hay energías que son más limpias que otras, como ocurre con la hidroeléctrica, la nuclear, la eólica o la solar. Pensando puramente en el medioambiente, la energía hidroeléctrica me parece un gran bien, sobre todo si la comparo con el carbón.

Sin embargo, siendo la mirada desde la ecología tan importante para resolver los problemas de energía, esa no es la única visión. Aún más, sería un gravísimo error político, económico y social que agotáramos en ella todo el debate sobre la energía.

Al lado de las consideraciones medioambientales, tan necesarias e importantes, debemos mirar el asunto desde la perspectiva de la seguridad en los abastecimientos. En este sentido, diversificar la matriz significa no sólo depender del petróleo sino de varias otras fuentes. En cuanto al gas, es preferible diversificar su aprovisionamiento entre distintos países, así si uno nos falla podremos disponer de otro. Debemos asumir que nos hace más vulnerables depender de un gasoducto donde el proveedor -puede ser Bolivia con Chile o Rusia con algunos países europeos- interrumpa el suministro como una arma de presión política. Por eso es que un país como Chile decidió optar por el gas natural licuado, que es más caro, pero que nos hace menos dependientes.

Pero hay complejidades aún mayores que surgen desde la perspectiva del desarrollo económico. El crecimiento es más seguro si la matriz energética es más barata. Un alto precio de la energía es un factor que desacelera el crecimiento económico. Estudios hechos por consultoras independientes del gobierno indican que el alza de los combustibles le ha costado al país del orden de los 3.900 millones de dólares, una cifra francamente preocupante. A su vez, estimaciones fundadas sobre esos datos indican que debido a la crisis energética la economía chilena, por ese solo factor, ha tenido un crecimiento menor de 1,2 puntos porcentuales.

Hay aquí de nuevo perspectivas que no son fáciles de compatibilizar. Dicho crudamente: una matriz energética más sucia fundada en el carbón es más barata que una basada en el gas, que es más caro pero más limpio. Y para complicar más las cosas, el gas es más barato que energías renovables no convencionales como la eólica y la solar. Si entramos a este debate con seriedad y sin prejuicios es legítimo preguntarse ¿cuánto puede encarecer el país su matriz energética sin afectar su desarrollo y el estándar de vida de los más pobres que deben pagar tarifas más elevadas por la energía que consumen?

También hay que considerar otras variables como el riesgo de accidentes. Ello nos lleva a analizar las dudas que surgen en torno a la energía nuclear. Es difícil contradecir la idea de que la energía nuclear es totalmente limpia. Esta circunstancia es la que ha vuelto a ponerla en el primer plano del debate energético mundial. Por eso muchos países están considerando desarrollar nuevas plantas nucleares y algunos de los análisis más serios en esta materia, hablan de que en el mundo, para hacer frente a la demanda energética debieran

construirse, en un período muy cercano, del orden de 32 plantas nucleares, cifra que para otros parece conservadora.

Pero con todo, Chile debe discutir con altura la idea de pasar a ser el cuarto país de América latina, después de Argentina, Brasil y México en incorporarse a la energía nuclear. Para ello tenemos que considerar complejos problemas como son la seguridad de las plantas, su costo que ha venido creciendo mucho en los últimos años, los riesgos de proliferación, el problema de los desechos.

Como es obvio, acepto que podamos llegar a la conclusión de que ello no es posible o que hoy es prematuro, pero lo que es inaceptable es una decisión basada en el dogma o el prejuicio.

Los países en desarrollo no podemos tolerar que el uso pacífico de la energía nuclear nos esté vedado. Usarla o no, es una decisión que debemos adoptar nosotros mismos.

El gobierno de la Presidenta Bachelet adoptó el compromiso de no comenzar el desarrollo nuclear en lo que resta de su período presidencial. Aún así, como Estado, no eludimos nuestra responsabilidad de realizar los estudios que permitan decidir posteriormente, con antecedentes serios y fundamentados, si ésta es o no una buena alternativa para el desarrollo energético de nuestro país.

Para eso se conformó la Comisión Zanelli y hoy se están desarrollando a través de la Comisión Nacional de Energía, los estudios regulatorios y técnicos para analizar esta materia. Soy partidario de acelerar estos estudios, considerando que poner en marcha una planta nuclear toma a lo menos varios años.

Quién dirigió la Comisión Asesora Presidencial, el científico Jorge Zanelli, señaló que de imponerse la idea contraria a la energía nuclear “Habrá que echar mano a todas las fuentes que se encuentre. Todos los ríos capaces de generar algo van a ser utilizados; las fuentes de energía renovables no convencionales (ERNC) como el viento, la geotermia o la solar deberían ser aprovechadas, aunque con todo eso no se llega a cubrir más del 50% de la demanda que habría al 2020. (Incluyendo la hidroeléctrica). El resto provendría de quemar carbón”.

Sobre el tema del riesgo de la energía nuclear, Zanelli ha hecho presente que “la percepción de riesgo está exageradamente por encima de lo real. Otras, muchísimo más grave en vidas e impacto ambiental, como las de industrias químicas o mineras, no son percibidas igual”. Por estas razones soy partidario de desarrollar la opción nuclear como fuente de energía limpia.

Aunque se desarrollen otras fuentes, la generación hidroeléctrica, el gran capital de Chile, seguirá siendo nuestro abastecimiento más seguro.

Genaro Arriagada, serio estudioso del tema, señaló en un reciente artículo de prensa: “Las grandes represas no tienen efectos sobre el calentamiento global, no emiten dióxido de carbono ni gases de efecto invernadero; la energía que producen es más barata que la que genera el carbón, diesel, gas natural y renovables no convencionales como la eólica o la solar. El balance entre la energía que consumen, desde su construcción hasta el término de su vida útil, y las energías que producen, se cuenta entre los más favorables. Obviamente, la construcción de una gran represa tiene impactos ambientales –en este caso, visuales, inundación de extensos terrenos, creación de un lago artificial que

puede o no dañar la flora, fauna o la belleza del paisaje- que un proyecto debe mitigar”.

Comparto plenamente la posición de Arriagada, por lo que soy partidario de impulsar prontamente la construcción de las grandes centrales hidroeléctricas en Aysén.

La calificación de los efectos ambientales debe ser rigurosa y expedita, de manera de permitir decisiones prontas y oportunas. Como he expresado, estamos en una situación crítica que no se remedia con discusiones interminables.

Es necesario puntualizar que el Gobierno ha hecho todo lo que le ha sido posible hasta ahora. Hemos realizado un esfuerzo importante en concretar la exploración de hidrocarburos en Magallanes y de carbón en Riesco, las que han resultado exitosas, generando el interés de nuevos inversionistas por inyectar capital en estas iniciativas.

Estamos interesados en que se desarrollen las fuentes de energía renovable no convencionales, para lo cual hemos exigido que, en un plazo no muy lejano, todos los generadores deberán producir el 5% de su energía de estas fuentes y de las centrales de pasada.

Junto con ello, hemos promovido campañas de ahorro energético. El llamado del Gobierno a ahorrar energía resultó en una caída del consumo que no se veía en dos décadas. Esto evidencia que los chilenos han tomado conciencia de que todos deben contribuir a paliar esta coyuntura.

En resumen, Chile se encuentra en una encrucijada que exige decisiones sabias, lo que quiere decir eficientes y oportunas, consensuadas y democráticas.

No sólo en nuestro país, sino en todo el mundo, se arrastra por muchos años la tensión entre la necesidad de generar energía para el crecimiento y el rechazo de los efectos negativos que algunas producen. Esta contradicción es inevitable, pero es indispensable que todos los actores se sometan a un árbitro, lo más ilustrado e imparcial posible. Quedan fuera de esta discusión aquellos que postulan que la naturaleza es algo intangible.

Este arbitraje, con la necesaria fundamentación técnica, cae de lleno en el terreno de la política que es en parte muy importante el arte de compatibilizar visiones e intereses contrapuestos. Una energía mucho más verde es ecológicamente muy preferible, pero puede tener un costo que el país no está en condiciones de pagar en términos de desaceleración de su crecimiento y en la mayor factura energética de los hogares.

En lo personal, tengo un profundo compromiso con energías no convencionales limpias como la eólica o la solar. A pesar de ello hay que asumir que, con todas las ventajas que las hacen deseables, sus costos desmedidos no hacen posible proporcionar sino un porcentaje bajísimo de la energía que requieren las naciones, incluso las más opulentas de la tierra.